II

El hombre

Detengámonos ya ante él y filosofemos.

Murió anciano: esto quiere decir que hacía sesenta años (y 9 meses) que tras un velo que la ciencia no ha podido descorrer, se formó en vientre de hembra un gérmen asimilador: fenómeno impenetrable, pero igual para todos: como de la misma célula proviene el mundo vegetal, tanto el ínfimo protocotus como la corpulenta welingtonia, así de idéntica larva, de análogo espermazoario nacerá el hombre que manda y el que obedece, el que espera y el que reniega, el señor y el criado, el humilde y el soberbio, el etiope ó el circasiano, el sabio y el asesino, Sócrates ó Ravaillac; el hombre, pues, á despecho de las preocupaciones, es el mismo ante la Ciencia y ante la Naturaleza como lo es ante la religión.

Por lo demás, como todos sus semejantes, nació y comenzó, ó por mejor decir, continuó su ineludible série de asimilaciones y desasimilaciones, y vivió para tener más dolores que placeres, invocó á Dios en el infortunio y le ofendió en la hora de la dicha, olvidó en cada momento

que aquél podía ser el postrero de su vida; cometió flaquezas y las lloró en la hora del arrepentimiento; logró descanso sólo cuando dió muerte á sus deseos, fundó familia, buscó riquezas, halló desengaños, consumió en dormir un tercio de su vida, en sufrir otro tercio, desperdició un centésimo en renegar de su suerte, un vigésimo en saludar y fingir amistad... comenzó á envejecer, cambiaron con los años sus ideas y aspiraciones...

En tanto marcóse una hora más en el inexorable cuadrante del tiempo, y se hundió en la eternidad; es decir, cesó la cohesión de sus componentes, perdió el armónico equilibrio en que se unían sus elementos para servir de base al espíritu vital, y ¿qué sucedió entonces? sucedió que la materia inerte iba á servir de estorbo, dejando escapar miasmas sulfuros y carburos, y algunos supervivientes, sintiendo comprimido el bazo, que esto es estar triste para algunos fisiólogos, y perdiendo algunas dracmas de sus componentes, que esto es sudar y llorar para la Química, echaron sus restos en restos de un árbol, lo clavaron con hierro y colocaron bajo tierra aquel todo en que iban representados los tres reinos de la Naturaleza; y... como sucederá al que esto escribe, y al que esto lee, y al que ni escribe ni lee, empezó para él la noche eterna.

Ahí le tenéis inerte en su conjunto, y todavía en cada una de sus partes, salvo uñas y pelos que en su calidad de vegetales continúan creciendo un rato, acaso con más fervor, porque la podredumbre es abono; ahí tenéis, todo en él se movía hace poco, circulaba la sangre, palpitaba setenta veces por minuto el corazón moviendo en cada latido 44 gramos de sangre, latían en igual proporción las arterias, se llenaba y vaciaba el pulmón 550 veces por hora, no había tejido que no vibrara, y dentro de poco vibrarán también en sordo proceso y con ellos florecerán generaciones de séres de las regiones micrográficas; ahí tenéis el cadáver que antes de inhumar hemos de analizar: quizás nos ilustre más su cuerpo inerte de lo que vivo pudiera su palabra.

Empecemos por preguntar ¿qué era ese hombre en vida? socialmente fué un sér que tenía deberes y derechos, que reía, que gozaba, que se movía á su albedrío, que fabricaba castillos en el aire, que tuvo amigos, al menos mientras fué rico y dadivoso, que disfrutaba su parte de atmósfera y de luz, que en algunos momentos creyó ser feliz, y lo fué acaso, aunque lo conoció tarde... y yace ahora en la más negra de las oscuridades, y andando el tiempo volverán las cosas á su equilibrio, y tornarán los hombres á sus frívolos placeres, y él quedará borrado de la memoria de los vivos. ¡Y el que ayer dormía en mullido lecho, acariciado por los suyos, hoy en soledad tenebrosa....

—¿Y qué...?

Me parece que en este punto de mi peroración filosófica una voz burlona me interrumpe con la anterior pregunta. Suspendo y escucho.

—¡Y qué!—dice el ascético creyente;—la muerte no es más que el paso para la vida eterna, es el puerto tras el naufragio, el premio ó el castigo tras la prueba. Preparémonos mientras nos hallamos de este lado de la tumba para que nuestra alma, resultado de la comunión entre la vida y la materia, pase al otro lado, limpia de todas las impurezas del barro inmundo que queda en tierra y polvo vuelve á ser. ¡Insensato! ¿te horroriza esa idea de lo que pasa en ultratumba? Mas si la muerte es el acto por el cual nuestra alma inmortal se separa de la materia imperecedera pero descomponible, ¿por qué no supones que desde el seno de Dios, en las regiones de eterna luz y armonía, ríe ella, el alma, mirando el barro que antes habitó, pálido y demacrado, vestido de luto, metido en estrecha caja, rodeado de luces funerarias y de hombres que lloran y con monótono acento cantan en latín? Si morir es vivir en otra forma, ¿por qué la ignorancia hizo de la muerte un espectro? Desaparezcan esos terrores del sepulcro, que son creación humana, como lo es todo lo malo, y lleguemos con la sonrisa en los labios al extremo de este valle

de lágrimas y de tan escasos atractivos. Haya fe y esperanza y la muerte no será más que un tránsito; que, como dice el Apocalipsis, «no devolverá el abismo sus muertos, pero habrá un cielo nuevo y una tierra nueva».

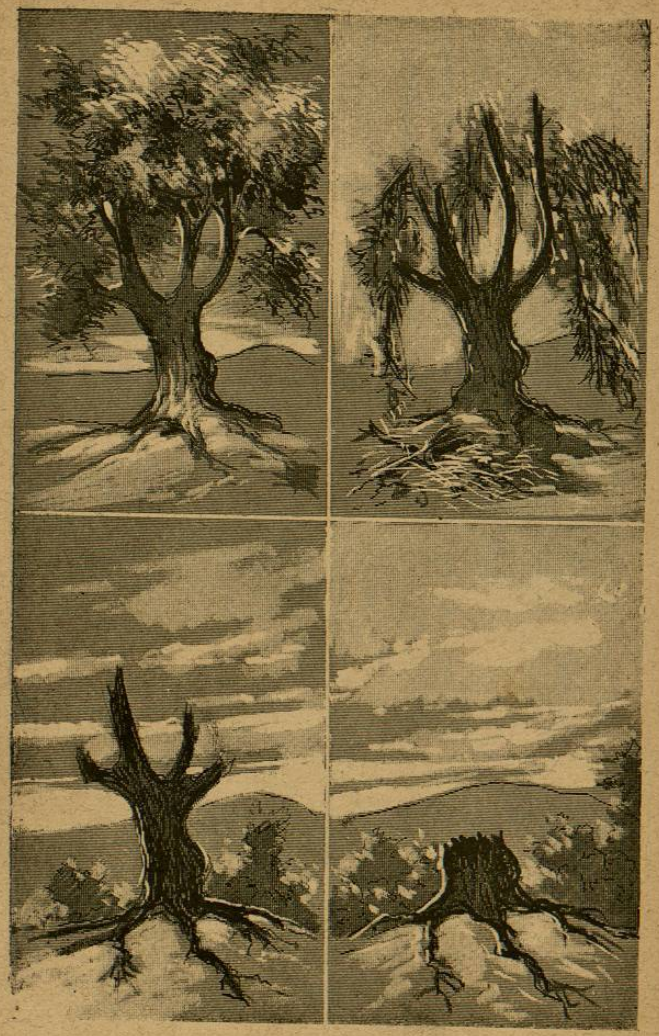
—¡Y qué!—me advierte el incorregible materialista,—morir no es más que concluir, y lo que piensas de uno pudieras pensar de todos, ya fuéramos quemados como en la antigua Grecia, momificados como en Egipto, ennichados como entre nosotros, inhumados como en Inglaterra: lo mismo podrías decir de Moisés que muere en el Nebo, de Salomón que se corrompe en Salem, de Plinio abrasado en el Vesubio, de Napoleón disecado en Santa Elena, de Mahoma que se pudre á escondidas, y lo mismo de cualquiera de los vivos; la muerte siempre será la cesación de las funciones de la vida; el alma, no siendo más que un resultado de la armonía en que se unen las partes, cesa al disolverse esa armonía, como cesa la luz al apagarse la antorcha: más allá de la tumba, la nada, donde, si no hay placeres, tampoco hay dolores: la muerte es quietud perfecta, no para la materia que entra en un nuevo orden de evoluciones, sino para el ánima que deja de ser lo que ha sido porque era sólo cualidad y no entidad. La materia, la materia y las fuerzas que la animan, eso es todo; la materia bajo la forma de ciruelo da ciruelas y bajo la forma de hombre produce ideas. ¿Qué tememos, pues, si al cesar la vida que es el afán y la ansiedad, empieza para los unos el olvido, para los otros el descanso, para el esclavo la libertad, para unos pocos la inmortalidad que es un nombre? ¡Insensata lógica, inconsecuente filosofía la que nos dice que Dios premeditadamente creó un alma para que sufriera en una vida y fuera luego á pagar en la otra las culpas que su flaqueza innata le hizo cometer en aquélla!

—¡Y qué!—exclama el adepto de Pitágoras, modificado por el espiritista moderno:—la muerte de un individuo (mejor dicho, sus muertes) es el hecho mediante el cual su alma, una y eterna, trasmigra para ir á animar otros cuer-

pos, bien en este mundo ó bien, lo que es más probable, en otros de mejores condiciones: la vida no es más que una grada de perfeccionamiento, y la muerte el paso que damos para ascender á otra grada. Quizás el alma de tu abuelo, en cuerpo más perfecto, asciende ahora alguna de las altísimas montañas de Vénus, ó se horroriza con los tremendos deshielos circumpolares de Marte, ó goza días de diez horas en Júpiter ó de quince años en algún polo de Saturno. Quizás el propio estagirita contempla un punto brillante en el espacio, que es la Tierra, y lanza una carcajada homérica al pensar que en ese punto casi invisible bulle un hormiguero de séres imperfectos, y que sin embargo tienen orgullo, crean un Dios á su imágen y se suponen lo más grande de la creación.—Mira,—dirá tal vez, hab'ando á otro trasmigrado, — aquel punto que de aquí vemos sólo en minutos, es aquella tierra en que estuvimos un soplo de tiempo, aquella tierra en que toda fuerza es debilidad, toda gloria humo, toda dicha ficción, y en que los afectos vienen á ser al cabo manantial de tristezas y decepciones. Allí está el hombre grande en su pequeñez, que funda hospicios, inventa telégrafos, pesa los astros y da de comer al hambriento, y allí está el hombre pequeño en su grandeza, que compra títulos, guarda prójimos en servidumbre, reniega de su Creador y arrebata el agua al sediento. Allí los tenéis riñendo por palmos de terreno, acumulando tesoros sin pensar que al despedirse no dejarán más que el recuerdo de las buenas obras que practicado hubieren.

—¡Y qué!—dice un discípulo de Edison,—la muerte no es más que la deselectrización: la electricidad, alma del mundo, lo es también de cada individuo y de toda materia que en cualquier sentido funcione; es elemento de unión y de acción: la muerte es la anulación ó separación de ese principio eléctrico que deja de ser en determinado cuerpo, porque era sólo fuerza, ó pasa á mezclarse á otras

Arbol florido — Herido del rayo



Un año después — Dos años después

materias y á producir nuevos fenómenos de igual ó diversa índole á los anteriores.

—¡Y qué!—dice ahora el autor,—¿no han podido los hombres durante tantos siglos hacer otra cosa sino sentar premisas, discutir sistemas, sostener ó impugnar principios, fundar creencias, afanarse tras lo incognoscible sin llegar jamás à la verdad metafísica? ¿Qué ganaron la ciencia y la dicha humanas con sentar que el alma es una función del cerebro, una cualidad de la materia ó el soplo directo de Dios; que morir es terminar ó continuar en otra forma, que vivir y pensar son la resultante de una masa determinada unida á cantidad determinada de calor y movimiento?

Abandonemos una filosofía que no puede sustentarse sino por un diluvio de sofismas; dejemos los arcanos cuya revelación no nos hace falta, y tratemos en prosecución de nuestro programa de presentar al hombre químicamente, que ese es el camino más seguro para saber lo que se ha hecho de sus numerosos componentes. Thenard, Berzelius, Dumas, Orfila tienen sobre los santos y los ortodoxos la ventaja de trabajar sobre lo tanjible y cognoscible. Si les preguntamos lo que somos, no se ocuparán más allá de su inteligencia en hipotéticas disquisiciones: nos presentarán una lista árida, prosaica, parecida á una factura mercantil, de fósforo, cal, agua, carbono, metales y metaloides, y sabe Dios qué más, que incesantemente evolucionan y cambian, porque á ninguno es permitido el statu quo.

Uno solo de esos componentes nos bastaría para contemplar un momento la evolución perpetua de la materia. Tomemos el agua de que hay unos 55 kilogramos en nuestra economía. Ese hombre que acaba de morir y que vamos á analizar, consumió durante su vida de 21,915 días, incluyendo quince por bisiestos, un peso de alimentos 1,280 veces superior al de su cuerpo, veinte y ocho y

media pipas de agua, cantidad en que pudiera vogar, y unas diez y nueve de vino en que podría nadar; así mismo para su respiración empleó más de 8,000 metros cúbicos de oxígeno, y contribuyeron á su alimentación la friolera de veinte y ocho quintales de arroz; pudo zamparse 40,000 huevos y 255 quintalos de pan, aun suponiendo que el primer año vivió de leche, y calculando que de niño consu- 2 ½ kilos, adulto 3 ½ ¡y si fumaba convirtió en humo tonelada y media de tabaco!

Lo primero que ocurre preguntar es ¿que se hizo de toda esa sustancia alimenticia? ¿qué de toda esa agua que bebió y que tomó en leche, en vino, en cerveza y en muchos alimentos? ¿entró en su cuerpo para volver á salir en otra forma? No ciertamente: la Naturaleza que no ha creado hoja inútil en la vejetación, tampoco permite hecho ocioso en la vida del hombre. Nos hemos asimilado una parte de esas sustancias y hemos perdido otras, de modo que el verdadero objeto de la nutrición y secreciones es cambiar los elementos de nuestro organismo, renovándonos en un total, y esto cada 133 días; bien que, según otros, se necesitan siete años para la renovación total del cuerpo.

Piense, pues, el que esto lee que en este momento no conserva ni una sola partícula de las que trajo del vientre de su madre; la Naturaleza por invisibles procedimientos las ha eliminado todas, colocando otras anólogas en su lugar. El cuerpo vivo es un laboratorio en incesante actividad, en que luchan las fuerzas químicas, que tienden á disolver, contra las fuerzas vitales, que tienden á reconstruir.

Según Sartorius, perdemos por las traspiraciones en 24 horas las 3|8 del peso con que los alimentos aumentaron el cuerpo y los otros 5|8 por las dejecciones fecales. En esas 24 horas expele uno por los poros 18 onzas de agua, 200 gramos de materias sólidas y 400 gramos de ácido carbónico: á las tres horas de haber comido pesa el cuerpo lo mismo que antes por las pérdidas que equilibran: la

pérdida total diaria en buena salud es de seis libras de materias líquidas y poco más de sólidas, suponiendo con Huxley en 155 libras el peso total. Dejando de alimentarse no cesa sino disminuye la pérdida de sustancia propia; el vertebrado que muere de inanición, habrá perdido cuatro décimos de su peso antes de morir y por esto la descomposición se retardará.

Piense también el que esto lee que si tiene 20 años ha cambiado ya su materia 54 veces, y que mi cadáver, esto es el del hombre que da lugar á este libro, en sus 60 años se había renovado nada menos que 164 veces, hasta los 25 ganando algo en ese cambio de partículas, desde allí á los 50 permutándolas pelo á pelo, y luego hasta el final con desventaja progresiva, que en esto justamente, en pérdida gradual de la potencia asimilatriz, y no en otra cosa consisten el envejecimiento y la decadencia. Durante la infancia asimilamos más; al brotar el feto en condiciones fisiológicas tiene 0'45 ms., al mes 0'54, de dos meses 0'58, gana luego un centímetro mensual y sólo á los siete años llega al metro. En tanto vibran en palpitación incesante sus moléculas, tendiendo siempre á escapar á la orilla ó al espacio tal como arroja el mar los detritus á la costa. Una aguja tragada por un niño, empujada por la sangre y por la oleada vibratoria, labra lentamente su camino, atraviesa los tejidos, avanza insensible hasta salir al cabo de seis meses... por una rodilla.

Ese trocar incesante de las moléculas que nos constituyen, esa ineludible y perenne necesidad de renovar el alimento, no es sólo *sine qua non* de la vida material, y por ende sostén del elemento psíquico; es también base del orden social, porque obliga á la lucha y al trabajo sin el cual sobrevendrían la holganza y el abandono, de donde los vicios que enjendra el ocio, de donde la desorganización y el derrumbamiento. Por eso es necesidad material y moral para nuestra vida y para la vida social la alimentación ordenada y periódica, como esos vientos que pro-

mueven las lluvias para alimento de la vegetación y vida del planeta.

Nacer, vivir, crecer, envejecer á través de cambios sucesivos son fenómenos de que la materia animada no puede prescindir, porque en ellos está la vida. Dijerir es absorber y convertir, pero preguntárase; si cambían nuestras partículas ¿cómo no altera nuestra complexión ni nuestras facultades intelectuales, en una palabra y valiéndonos de una frase familiar, cómo podemos conservar genio y figura hasta la sepultura? Es sin duda porque la facultad asimilante, el divino soplo que anima á la materia, el alma en fin, es siempre una, y de no ser así cambiaran nuestro carácter y apariencia personal y alterarían nuestros deseos y pasiones, en cada mutación de átomos, según las proporciones en que nos asimiláramos los nuevos; y hoy acaso nos tocara ser proclives á la lascivia por exceso de fósforo, mañana quizá el carbono nos hiciera indolentes, el oxígeno alegres ó reñidores, viniendo por ende á suceder que hoy nos correspondiera ser un Séneca, más tarde émulos de César, alguna vez ó algunas veces Sancho Panzas.

El alma inmortal, indivisible, invariable se opone á ello, y así los que niegan el alma y sus excelencias nos convierten en máquinas productoras de amoniaco y abono, carburos, sulfuros y otros no menos prosaicos. Aunque la sustancia se renueva, la manera de estar compuesta permanece, y cambiando molécula á molécula conservamos la forma, como ciertos fósiles en que el calcio, el cobre, el hierro, reemplazaron á la sustancia genuina, no quedando de ésta más que la figura. Por eso recordamos, por eso llo. ramos hechos pasados, por eso somos responsables de nuestros actos de veinte y cuarenta años atrás, aunque ya no queda un sólo átomo del individuo que realizó tales actos.

Ahora bien, los cuerpos simples existiendo iguales desde *ab initio* y variando forma y cualidades, mejor dicho, de apariencia, en razón de los compuestos á que dan lugar,

podemos fácilmente contestar á esta pregunta ¿qué queda de lo que fué nuestro padre Adán? ¿dejaron Moisés y Homero sólo transitorios huesos á la tierra y á la posteridad un nombre? No; de ellos queda todo lo que los constituía, su calcio, su carbono, su fibrina ó los componentes que la formaban, su hematosina ó los principios de ésta, su fósforo, su azufre, su tanto de azoe, aquí unido al carbono, allá con el hidrógeno, con las mismas propiedades, ya constituyendo otros adanes, ya vagando en el inmenso piélago, ora en las entrañas de la tierra, ora en endurecidas rocas... ¿Dónde están los muertos? Y Shopenhawer contesta.—¡En tí mismo!

¡Qué! ¿Acaso podría nadie imaginar de donde viene, ni que trámites ha recorrido la gota de agua que llevamos á nuestra boca? Quizá evaporada en China, arrastrada por el monzón, atraída por la bomba aspirante del Sahara, tor. nóse nieve en los Dofrines, corrió granizo ó témpano de hielo por los Andes, durmió siglos en Herculano, cristianizó á un niño, llevada por los alíseos cayó en el Atlántico, el Gulf-Stream la arrastró al polo ó la circuló por el Océano, fué savia de alguna planta ó zumo de alguna fruta, lavó inmundicias en algún hospital, se purificó evaporándose, el viento la trajo á nuestro cénit, lloviò en nuestro techo, pasó á nuestro aljibe para ser servida en nuestra mesa, ó acaso al aljibe de algún jerezano, que nos la remitió convertida en Jerez. No permanecerá ahora *in statu quo*, que pronto por los poros, ó úretra ó glándulas salivares ó lacrimales ú otra vía, saldrá á continuar sus perpetuas evoluciones y transformaciones. Hasta en su sentido material es exacto el proverbio: «nadie puede decir de esta agua no beberé.»

Y si esto pasa con el agua, que es un compuesto ¿qué no podríamos decir de los átomos de un cuerpo simple, que son indescomponibles y nunca pueden reducirse á la nada?

¡La nada! ¿qué es la nada? es la carencia de todo, es la

no existencia, transformarse, pasar á ser otra cosa en apariencia, eso se comprende; pero ¿cómo lo que es algo puede llegar á ser nada? Sólo allá en primitivas supersticiones pudo creerse que la nada podía dar algo, y que lo que era algo podía volver á la nada absoluta; pero desde muy remota antigüedad se comprendió que el fuego no consumía, que la muerte no era destrucción sino mutación. En el *Ramayana*, cuya aparición se oculta en la noche de los tiempos; Vasisthas, consuela al afligido Bharatha, con estas palabras: «Levántate: el antagonismo de los principios opuestos aflije siempre al mundo: es indigno de tí lamentarte por un hecho inevitable: todo lo que nace debe morir; todo lo que muere debe renacer; no debes aflijirte por sucesos fatales á los que nadie puede sustraerse.»

Cuatrocientos años antes de Cristo dijo Empedocles: «los que imaginan que nace algo que no haya existido, ó que algo perece completamente son niños de escasa inteligencia:» de Jenofonte es esta frase: «todo lo que es existe y dura eternamente»; y aún antes el filósofo egipcio Hermes Trismejisto: «nada se pierde, y es error llamar á los cambios muerte y destrucción.» El insigne panteista Giordano Bruno dijo antes de 1600, y no pudo decirlo después porque en ese año Clemente VIII lo hizo tostar en Roma «la semilla se convierte en yerbas, en pan, en jugos nutritivos, sangre, esperma, embrión, hombre, cadáver, tierra, piedra ú otro sólido.»

Verdad es que muchas de esas ideas se perdieron antes que el redentor del pensamiento, Gutenberg, las atara para siempre al papel, y en lo moderno sólo desde Lavoisier, 1793, empezó á vulgarizarse esa verdad, que todo estaba creado desde *ab initio*, que nada que fuese podía dejar de ser, que los componentes del cadáver permanecen en otra forma, que la pólvora no desaparece, sino se torna en gases que, por ocupar mayor espacio, causan la explosión, que el fuego, al quemar una casa, la destruye como

casa, pero los elementos que la formaban superexisten, los unos humo en los espacios, los otros recombinados ó perdidos en cenizas, en los escombros, y habrálos también que han ido á ser parte de séres orgánicos, pues éstos ya se sabe, son un compuesto de sustancias inorgánicas, bajo especiales condiciones que les crean más ó menos perfectas propiedades que durarán mientras viva y cambiarán con la muerte.

Hoy es una verdad vulgar la indestructibilidad de la materia, como lo es la descomposición de toda sustancia orgánica á cuya corrupción sigue la diseminación y nuevas combinaciones.

No se corrompió (dicen los libros sacros) la santa humanidad del Hombre-Dios, quien en cuerpo y alma gloriosa fué á sentarse á la diestra de su Padre; ni se corrompió (dicen los mismos) el de su Santa Madre, que once años después en el huerto Gethsemaní, sin dejar ni su capa como aquel Elías, otro incorruptible, fué arrebatada al cielo; pero estas fantasías, posibles y aceptables sólo cuando Dios estaba con nosotros y hacía hablar á las burras, no habrán impedido que los elementos que los constituyeron, materia á la fin mundanal y putrecible, vaguen por el mundo, y tal vez hayan visitado y estén en este momento formando parte de mi prosáica humanidad.

Los espíritus celestiales no necesitaron de nuestro barro inmundo; pero si estamos nosotros constituídos con restos de nuestros antecesores, sí comemos, respiramos y bebemos, lo que fué comido, respirado y bebido millones de veces tal vez por otros pulmones y bocas, ¿cómo, preguntará el lector, cómo podrán venir los muertos pálidos á contemplar sus propias obras, según la frase del Coran, y cómo nos reuniremos en el valle de Josafá? ¿Cómo podremos asumir «estos mismos cuerpos nuestros para vida inmortal y eterna?»

La frase es mística, por tanto, venerable; más cuando la

Biblia, libro de Dios, entra en pugna con la ciencia, libro del hombre, á la primera toca ceder y enmudecer en tanto que no da pruebas, mientras la segunda confirma y persuade.

El asendereado conflicto entre la religión y la ciencia, nació de las erradas interpretaciones que se dió de las alegorías y metáforas de la Biblia.

Dejémosla en paz y sigamos nuestro camino.

III

El cadáver

Acerquémonos al cadáver; han pasado sólo cuatro horas desde que el espíritu abandonó la materia: no mucho se han aumentado los caracteres mortales: está más lívido, más demacrado; pero los miasmas que exhala y exhaló desde el momento de la muerte, todavía no contagian y nos podemos aproximar sin grave riesgo de nuestra salud. Entra en el segundo período de la evolución cadavérica, el de la *rigidez* que sigue al de la *resolución muscular* y precede al llamado de *reblandecimiento.*

Empero antes de dar principio al análisis, antes de enviar el cadáver á la tierra, al nicho ó al horno crematorio, tratemos de saber si en realidad la vida cesó en esa comunión de materias que se avenían en armónico consorcio y mútuamente apoyábanse para sostener aquella.

Las autópsias é inhumaciones precipitadas, pueden convertirse en crímenes; porque es posible tomar por muerto al que sólo se hallaba en parálisis cataléptica, y, ¡sería tan penosa una equivocación! Pensemos que la muerte no está en la inmovilidad, ni en la insensibilidad; á des-